

ROMA Y LA EPIGRAFÍA IBÉRICA SOBRE PIEDRA DEL NORDESTE PENINSULAR*

Francisco Beltrán Lloris

Durante los últimos años el papel desempeñado por el proceso de romanización en el surgimiento y el desarrollo de la epigrafía ibérica sobre piedra ha sido objeto de una cierta controversia en los estudios paleohispánicos. Así, en 1989, con motivo del Coloquio de Colonia, tanto M. Mayer y J. Velaza como nosotros mismos señalábamos como factor esencial para comprender este fenómeno la introducción de la incipiente cultura epigráfica romana en Hispania,¹ de la que las inscripciones indígenas constituirían una variante o respuesta local aunque con peculiaridades propias, perspectiva en la que hemos abundado en trabajos posteriores.² Por su parte, J. de Hoz,³ primero, y N. Barrandon,⁴ después, han discrepado de esta perspectiva señalando una serie de objeciones que se concretan básicamente en tres líneas argumentales: la existencia de epígrafes ibéricos sobre piedra de fecha prerromana; el escaso número y la fecha más bien tardía —mayoritariamente del siglo I a.E.— de las inscripciones latinas sobre piedra de la Hispania republicana; y la presencia entre las inscripciones ibéricas de tipos, como las estelas, para los que no pueden señalarse modelos romanos relevantes. Por todo ello y aun admitiendo la influencia romana en determinados tipos de epígrafes indígenas sobre piedra, estos autores se inclinan por concluir que en el surgimiento de la epigrafía ibérica lapídea desempeñaron un papel determinante los precedentes locales y las previas tradiciones regionales y que, en conjunto, se trata de un fenómeno que responde más bien a corrientes generales operativas a escala mediterránea que al proceso de romanización en concreto.

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto “Los soportes de la epigrafía paleohispánica”, financiado por el Ministerio Economía y Competitividad (FFI2009-13292-C03-03).

¹ Mayer y Velaza 1993; Beltrán 1993, espec. 250-252

² Por ejemplo, Beltrán 1995; Velaza 2002; Beltrán 2004 y 2005.

³ De Hoz 1995, 65 ss., 74 ss.

⁴ Barrandon 2004.

Varias publicaciones recientes nos han impulsado a volver sobre la cuestión, analizando con mayor detalle y de forma más sistemática que en otras ocasiones las tres líneas argumentales más arriba mencionadas: por una parte, la reiteración de estos puntos de vista por los mencionados autores en una importante monografía sobre el nordeste hispano y en el segundo volumen de la ya monumental *Historia lingüística de la península Ibérica en la Antigüedad*,⁵ llamadas a convertirse en referentes en sus respectivos ámbitos de indagación; y, por otra, la publicación de las tesis doctorales de B. Díaz e I. Simón, que abordan en su conjunto la epigrafía latina republicana de Hispania y las inscripciones paleohispánicas sobre piedra respectivamente,⁶ de las que se pueden deducir interesantes observaciones en relación con esta polémica.

Es evidente, en todo caso, que cualquier argumentación sobre esta materia se enfrenta a un conocido obstáculo inicial muy difícil de superar: la falta de dataciones precisas para las inscripciones sobre piedra tanto latinas como ibéricas. Es un hecho bien conocido que la cronología de estos últimos epígrafes —recuperados salvo excepciones fuera de su contexto arqueológico originario— ofrece todavía demasiadas incertidumbres como para poder fijar con precisión los ritmos de su evolución.⁷ Del mismo modo, resulta también evidente que el escasísimo conocimiento de la lengua en la que están redactados impide determinar con exactitud su contenido. Pese a estas dificultades, sin embargo, existe acuerdo general en considerarlos mayoritariamente de carácter funerario y en situar su desarrollo en una horquilla que abarca los siglos II y I a.E. y que, por lo tanto, es coetánea a la introducción de la incipiente cultura epigráfica romana en Hispania. Durante este período el empleo de la escritura experimentó, especialmente en el nordeste de la península Ibérica, un triple proceso de difusión geográfica, intensificación y diversificación, unánimemente admitido por todos los investigadores.⁸ Sus resultados más evidentes, además de la difusión de la *literacy* latina, fueron la incorporación a la cultura escrita de las regiones ibéricas del interior y de la Celtiberia, ágrafas hasta entonces; la multiplicación exponencial de las inscripciones de todo género; y la aparición o el incremento de ciertos tipos de epígrafe —por ejemplo, los sellos artesanales sobre producciones cerámicas— y, en particular, de los de carácter público, es decir los concebidos para una contemplación por sectores amplios de la población,⁹ entre los que destacan algunos raros letreros musivos, las leyendas monetales y, sobre

⁵ Barranton 2011, espec. 172-175; de Hoz 2011, 413-415 y 446-448.

⁶ Díaz 2008; Simón 2012. Los datos materiales sobre las inscripciones latinas y paleohispánicas mencionados en este trabajo se han tomado de las dos obras mencionadas.

⁷ Entre los pocos ensayos de cronología general, Rodríguez 2004.

⁸ Señalado con particular claridad ya por de Hoz 1995, 68 ss.; ver también Beltrán 2004, 51 ss. y 2005, 34 ss.

⁹ Nos distinguimos en el uso del adjetivo ‘público’ del significado que le da, por ejemplo, de Hoz 2011, 432, quien lo utiliza en el sentido de ‘oficial’.

todo, las inscripciones sobre piedra,¹⁰ en abierto contraste con la orientación fundamentalmente privada de las inscripciones producidas en las centurias previas.¹¹

En este contexto, algunos hechos emergen con claridad. Desde el punto de vista geográfico es llamativa la concentración de las inscripciones ibéricas sobre piedra en el nordeste peninsular, concretamente en la zona comprendida entre los Pirineos, el Júcar y el Aragón oriental. Por otra parte, la filiación romana de algunos de los nuevos tipos, caso de los sellos sobre cerámica, las leyendas monetales o los letreros musivos, no ofrece dudas y es entendida de manera unánime como una consecuencia del proceso de romanización.¹² Lo mismo ocurre, en líneas generales, con algunos conjuntos de epígrafes sobre piedra como los procedentes de Ampurias, Tarragona y Sagunto,¹³ pero no, a cambio, con el tipo más característico de la epigrafía lapídea ibérica, las estelas y los epitafios en general, para los que se defiende la existencia de precedentes locales y un desarrollo autónomo respecto de las inscripciones latinas.¹⁴

Una vez expuestos los términos precisos de la discusión, pasemos ahora a examinar las tres líneas argumentales más arriba enunciadas, en las que se fundamenta la consideración de la epigrafía pública ibérica sobre piedra como un fenómeno independiente, en parte al menos, del proceso de romanización.

I. LAS INSCRIPCIONES IBÉRICAS SOBRE PIEDRA DE FECHA PRERROMANA

Si la existencia de inscripciones lapídeas prerromanas en lengua ibérica es un hecho incuestionable, por el contrario su consideración como precedentes de la epigrafía sobre piedra de los siglos II y I a.E. resulta más que cuestionable, como se verá enseguida, una vez analizados los ejemplares a los que puede atribuirse una fecha anterior al siglo II a.E.

Un grupo de ellos procede fundamentalmente del sudeste o del centro de la península y está redactado en escritura meridional.¹⁵ Entre éstos el reputado como más antiguo es un bloque de arenisca de (22) x (24) x (23,5) cm, fragmentado por todos sus lados, reaprovechado en el empedrado tumular de la llamada Tumba de las Sirenas, en Corral de Saus (Mogente), que presenta una breve inscripción con aspecto de grafito compuesta por cinco signos de módulo irregular e interpretación obscura,¹⁶ levemente esgrafiados

¹⁰ Beltrán 2004.

¹¹ De Hoz 2011, 399.

¹² Para las monedas véanse las observaciones de de Hoz 2011, 425-432; para los mosaicos de *opus signinum*, Beltrán 2011.

¹³ Barrandon 2004, 205 ss.; de Hoz 2011, 413-414; para Cataluña, Panosa 1999, 181.

¹⁴ De Hoz 1995, 74-75; Barrandon 2003, 217; de Hoz 2011, 414-415; Barrandon 2011, 175.

¹⁵ Una síntesis de la epigrafía lapidaria meridional en de Hoz 2011, 388-389.

¹⁶ G.7.1; de Hoz 2011, 413 la describe como “una losa de caliza”, cuyo texto “no contiene ninguna indicación del carácter sepulcral de la inscripción” —en el mismo sentido Ba-

en escritura ibérica meridional y dirección sinistrorsa,¹⁷ cuya fecha *ante quem* debe establecerse en los siglos III-II a.E.¹⁸ También del sur de la Comunidad Valenciana, concretamente de La Alcudia de Elche, proceden dos fragmentos de caliza de (24,5) x 41 x 17 cm, reaprovechados en un muro, con un epígrafe, también sinistrorso, en escritura meridional y levemente esgrafiado, compuesto por nueve signos de lectura discutida, sobre el que se grabó posteriormente la silueta de un équido¹⁹ y cuya cronología se ha fijado antes del siglo III a.E. a partir de los materiales circundantes.²⁰ Aspecto de grafito tiene igualmente la inscripción aún más meridional y de cronología incierta, pero posiblemente prerromana, grabada sobre un soporte de forma indefinida (81 x 50 x 16 cm) en escritura meridional sinistrorsa y compuesta por dos líneas, procedente de El Salobral, en Albacete.²¹ En este mismo volumen se da a conocer ahora una breve inscripción, grabada también en escritura meridional sinistrorsa con letras de buen tamaño y correcta factura —c. 10 cm— sobre un bloque de granito, hallado en Alcolea de Tajo (Toledo), que podría remontarse al siglo IV a.E.²²

Del sur de Francia, en el otro extremo del ámbito ibérico, proceden otras dos piezas; de Pech Maho, una cista en caliza de notable tamaño (46 x 103 x 57 cm) aparecida junto a un lugar identificado por su excavador como un *heroon* del siglo III a.E.,²³ en uno de cuyos bordes se encuentra grabada en escritura levantina un epígrafe de dos líneas sin interpunciones, también de difícil lectura,²⁴ cuyo contenido se duda en caracterizar como sepulcral o cultural;²⁵ la otra, conservada en Cruzy, pero probablemente de Ensérune, es un sillar de 25 x 40 x 35 cm, datado dubitativamente por el tipo de escritura hacia el siglo III,²⁶ con tres líneas de texto grabadas en escritura levantina, con signos irregulares²⁷ e interpunciones, que resulta de interpretación in-

randon 2003, 206—, a diferencia de 1995, 60 en donde la caracterizaba como “una estela sepulcral”.

¹⁷ G.7.1.

¹⁸ Izquierdo 2000, 492; de Hoz 2011, 388 y 413 se inclina por fecharla en los siglos V o IV a.E.

¹⁹ G.12.1.

²⁰ Ramos 1969, 169.

²¹ G.17.1.

²² Luján *et alii* 2012. Sobre la zona, en la que se conoce un grafito rupestre en Montfragüe (*MLH* IV, p. 111) y un epígrafe sobre piedra en Los Maillos (Luján 1997), ambos de fecha indeterminada, véase además de Hoz 2010, 607.

²³ Solier 1968, 14.

²⁴ B.7.1.

²⁵ De Hoz 2011, 414: “cuyo carácter sepulcral no se puede garantizar (...), pero que difícilmente puede ser otra cosa”; Barrandon 2003, 206, haciéndose eco de la interpretación del excavador como una cubeta cultural.

²⁶ Untermann 2000.

²⁷ En opinión de Untermann 2002, 355 recuerda más a un grafito que a una inscripción monumental.

cierta, pero que contiene nombres personales así como el término **neitin-iunstir** desconocido en los epitafios.²⁸

A estos epígrafes hay que añadir los tres procedentes del Puig de Sant Andreu (Ullastret), poblado abandonado probablemente a comienzos del siglo II a.E.,²⁹ todos incompletos, de los que dos, que contienen cuatro y dos signos respectivamente, están grabados en letras de gran tamaño —c. 20-25 cm— y escritura levantina sobre bloques de arenisca de 30 x (59) y (33) x (59) x (47) cm respectivamente,³⁰ reutilizados en la torre situada junto a la puerta I, lo que sugiere una cronología anterior al siglo III a.E., mientras que el tercero, informe, con tres líneas al menos de texto en las que se distinguen posibles nombres personales, fue grabado sobre un fragmento de arenisca de (37) x (49) x (18,5) cm que podría corresponder a una estela y se remonta probablemente al siglo IV a.E.³¹

Naturalmente no puede excluirse la posibilidad de que haya otras piezas de cronología prerromana dentro del catálogo de inscripciones ibéricas sobre piedra,³² sin embargo hasta el momento no se ha señalado ninguna otra que pueda fecharse en este período con un mínimo de seguridad.

De los tres conjuntos examinados, debe subrayarse que el primero y el segundo corresponden claramente a zonas geográficas en las que no arraigó la epigrafía sobre piedra a partir del siglo II a.E. como son el sudeste peninsular y la provincia de Toledo, por un lado, y el sur de Francia, por otro, por lo que difícilmente pueden ser tomados como precedentes directos de la epigrafía lapídea ibérica del nordeste. Además, las provenientes del sudeste utilizan el sistema de escritura meridional que no se empleó en la epigrafía ibérica sobre piedra posterior al siglo III a.E. y tienen el aspecto más bien de grafitos que de inscripciones monumentales. En lo que respecta a las dos procedentes del sur de Francia —de los que la cista constituye un auténtico *unicum* en la epigrafía ibérica—, diversos indicios más arriba señalados ponen en duda su condición de epitafios y, por lo tanto, los desvinculan del tipo más característico de la epigrafía lapídea ibérica de los siglos II y I a.E. que es, como se ha dicho, la funeraria. Lo mismo ocurre con la inscripción también periférica de Toledo y con las dos procedentes de la torre poligonal de Ullastret —éstas a cambio situadas en una zona en la que sí se desarrolló la epigrafía sobre piedra a partir del siglo II a.E.— que llaman la atención por su monumentalidad, sobre todo en el caso de las gerundenses con letras de 20 cm o más de altura que las convierten en las de mayores dimensiones de

²⁸ De Hoz 2011, 414; Barrandon 2003, 206.

²⁹ Martín 1997, 34-35.

³⁰ C.2.1 y 2.

³¹ C.2.56.

³² Así, por ejemplo, de Hoz 2011, 414 sugiere la posibilidad de que sea prerromana la estela antropomorfa de Mas de Barberán (Teruel), si bien sus editores, tras un examen de la paleografía y el contexto arqueológico se inclinan por datarla entre la segunda mitad del siglo II y la primera del I a.E. (Arasa e Izquierdo 1998, 93 y 98-99).

toda la epigrafía ibérica lapídea, pero que constituyen un tipo epigráfico que aparentemente no tuvo continuidad a partir del siglo II a.E. Resta el otro fragmento informe de Ullastret que de todos los mencionados es el único que podría ser considerado en todo caso como un precedente, si es que se confirma su carácter funerario y su condición de estela.³³

Del examen de estas inscripciones anteriores al siglo II a.E. se desprende, en consecuencia, que no existen indicios claros del arraigo de una práctica epigráfica sobre piedra prerromana que pueda ser considerada como precursora directa de los posteriores epitafios y demás epígrafes lapídeos del nordeste peninsular, pues, además de ser algunos de estos epígrafes meros esgrafiados, no se corresponden las áreas geográficas ni la tipología de los soportes, ni siquiera, en el caso de las inscripciones meridionales, el tipo de escritura. Sin lugar a dudas se trata de ejemplos de gran interés, sobre todo en los casos de las inscripciones verdaderamente monumentales de Ullastret y Alcolea de Toledo o de las presuntamente cultuales del sur de Francia, que resultan llamativas sobre todo por representar tendencias muy poco características de la epigrafía ibérica sobre piedra de los siglos II y I a.E. como son los epígrafes con letras de gran tamaño o los de carácter religioso, si se confirma esta caracterización para las inscripciones francesas. Por su parte, los grafitos del sudeste suponen una práctica más bien espontánea de la escritura que se aleja de la epigrafía propiamente monumental que aquí nos interesa.

Así pues, todo induce a concluir, con las cautelas necesarias en una cuestión tan mal documentada como es la cronología de las inscripciones lapídeas ibéricas, que a partir del siglo II a.E. la práctica epigráfica experimentó en el nordeste hispano una notable reorientación respecto de las tendencias previas cuya manifestación más significativa es la multiplicación de las inscripciones públicas sobre piedra, un rasgo que resulta difícil no poner en relación con la simultánea introducción a partir de esa centuria de la incipiente cultura epigráfica romana en Hispania.

II. LA EPIGRAFÍA LATINA SOBRE PIEDRA Y SUS CONEXIONES IBÉRICAS: *EMPORION, TARRACO Y SAGVNTVM*

Habida cuenta de la inexistencia en Hispania de precedentes reseñables griegos o fenicios del recurso a la epigrafía pública sobre piedra,³⁴ las inscripciones latinas sobre este material constituyen el modelo potencialmente más relevante para las ibéricas. Debe subrayarse que la península Ibérica, sobre todo algunos centros litorales de la costa oriental como *Emporion*, *Tarraco* y *Carthago noua*, han deparado una serie epigráfica latina que

³³ Velaza 2004a, 326 expresa dudas acerca de su carácter funerario; Simón 2012, P18 considera, a cambio, factible su caracterización como estela.

³⁴ En *Emporion* no se conocen inscripciones sobre piedra anteriores al siglo II a.E. (de Hoz, 1997, 33-56); entre las inscripciones fenicias sólo cabe reseñar las estelas de Ibiza y de Villaricos, ambas del siglo IV a.E. (Fuentes 1986, 07.14 y 02.01), en zonas en las que no se desarrolló la epigrafía sobre piedra en los siglos II y I a.E.

pese a no ser muy numerosa en cifras absolutas, sí constituye en términos comparativos un conjunto más que relevante, pues alcanza casi los dos centenares de epígrafes —incluidos los grafitos— de los que más de un centenar están grabados sobre piedra, y conforma, fuera de Italia, la serie más importante del occidente mediterráneo en fecha republicana.³⁵ Esta compuesto por seis miliarios y un hito terminal de fines del siglo II a.E.; una treintena de inscripciones honoríficas, edilicias y religiosas, en su mayoría de la segunda mitad del siglo I a.E., aunque algunas sean anteriores y las más antiguas remonten a fines del II a.E.; y casi sesenta epitafios, los más antiguos del siglo II a.E., aunque empiecen a hacerse más frecuentes a partir de la primera mitad de la siguiente centuria y, sobre todo, en sus postrimerías.³⁶

Su distribución misma resulta significativa desde la perspectiva que ahora nos interesa, pues aunque la difusión de los epígrafes latinos cubra buena parte de las regiones meridionales y orientales de la península Ibérica,³⁷ si nos circunscribimos a las inscripciones sobre piedra se observa una perceptible concentración de los hallazgos en el nordeste peninsular, sobre todo en las ciudades de *Emporion* y *Tarraco*,³⁸ es decir en una de las zonas de las que proceden también algunas de las series más importantes de la epigrafía ibérica lapídea, con la única pero notable excepción del más meridional conjunto cartageno. Por el contrario, en la Hispania Ulterior la epigrafía pública latina tuvo un escaso desarrollo durante el período republicano con apenas una treintena de inscripciones sobre piedra inventariadas, cuyas únicas concentraciones reseñables se dan en la ciudad de *Italica* —seis ejemplares— y en el mausoleo de Torreparedones —cinco—. ³⁹ Más raras aún son las inscripciones públicas meridionales en lengua vernácula,⁴⁰ alguna en alfabeto latino como la opistógrafa de *Castulo*,⁴¹ pues los indígenas

³⁵ Zucca 1996 recoge una veintena de inscripciones sobre piedra en África, una decena en Cerdeña y otro par en Córcega; para la Narbonense, ver p. ej. *CIL* I² 779, 790; *ILLRP* 460a. Solin 1999, 394 señala 7 inscripciones republicanas en África, 14 en Sicilia y Cerdeña, 10 en la Galia y 58 en Hispania.

³⁶ Díaz 2008, 59-70. La cronología de estas piezas, pese a la imposibilidad de datarlas con precisión, contradice las afirmaciones de de Hoz (1995, 65): “tanto la epigrafía monumental como la sepulcral apenas si están atestiguadas antes de Augusto”, en referencia a Cartagena y Tarragona fundamentalmente, así como de Barrandon 2003, 200: “L’*épigraphie* latine de la période republicaine a laissé peu de traces en Hispanie Citérieure” o “l’*épigraphie* funéraire latine est exceptionnelle pendant la période concernée”.

³⁷ Díaz 2008, 83 (mapa).

³⁸ Díaz 2008, 58-70.

³⁹ Díaz 2008, 191-242, espec. 196-197 y 208-212 (*Italica*) y 226-231 (Torreparedones). Sobre el mausoleo de Torreparedones: Beltrán *et al.* 2010. Del santuario próximo a esta última localidad proceden, además, dos esgrafiados sobre piezas escultóricas (Díaz 2008, 224-226).

⁴⁰ De Hoz 2011, 388-389.

⁴¹ Díaz 2008, 236-238; *CIL* II 3294 y 3302 = H.6.1.

que recurrieron a este tipo epigráfico prefirieron generalmente utilizar la lengua latina, a diferencia de lo que ocurre en la Citerior.⁴²

Merece destacarse el importante conjunto latino cartagenero, pues en su zona de influencia no se desarrolló una epigrafía pública en lengua indígena pese a constituir el mayor conjunto hispano con casi cuarenta inscripciones públicas de diversos tipos y carácter claramente monumental.⁴³ cipos de notable tamaño erigidos por *magistri* colegiales que podrían remontarse hasta fines del II a.E.,⁴⁴ inscripciones edilicias de magistrados romanos del siglo I a.E.,⁴⁵ un epígrafe relativo a la construcción de un santuario,⁴⁶ un ara votiva,⁴⁷ una columna⁴⁸ y una pequeña dedicatoria religiosa,⁴⁹ los epígrafes relativos a la erección de las murallas datados en el segundo tercio del I a.E.,⁵⁰ placas y bloques correspondientes a mausoleos funerarios mayoritariamente del siglo I a.E.⁵¹

En el nordeste de la Hispania Citerior, además de los miliarios de la costa catalana y el interior aragonés colocados por los gobernadores Manio Sergio y Quinto Fabio Labeón, y del término erigido por un *proconsul* en Fuentes de Ebro (Zaragoza), datables todos ellos a fines del siglo II a.E.,⁵² cabe mencionar inscripciones sobre piedra en *Saguntum*, *Tarraco* y *Emporion*. En la localidad valenciana sólo puede señalarse la pieza paralelepípedica bilingüe del liberto Fabio Isidoro, seguramente del I a.E., correspondiente a un edificio,⁵³ y el epígrafe religioso de fines de esa centuria procedente del santuario de Montaña Frontera.⁵⁴ En *Tarraco*,⁵⁵ además del grafito

⁴² Díaz 2008, 53-54. Sin tomar ahora en consideración las inscripciones privadas como las téseras de hospitalidad, es el caso, además de las urnas funerarias de Torreparedones (*CIL* II²/5, 414-416, 418-419), del epígrafe edilicio de *Ilipa* (*CIL* II 1087), los epitafios de *Ilurco* (*CIL* II²/5, 684), *Castulo* (*EE* IX 329) y de procedencia desconocida (*CIL* II²/5, 672) y los textos probablemente votivos de *Ilurco* (*CIL* II²/5, 676) y de procedencia indeterminada (*CIL* II²/7, 244).

⁴³ Díaz 2008, 99-110; sobre el papel de los libertos en estos epígrafes Beltrán 2004a.

⁴⁴ *CIL* II 3434: (87) x 38 x 378,5 cm; *CIL* II 3433.

⁴⁵ *HEp* 3, 250, de un *legatus pro pr.*; *EE* IX 346, de un *q(uaestor) pro pr.*, relativa a la erección de un templo.

⁴⁶ *AE* 1982, 636, relativo a la erección de un recinto cultural por un liberto (?) consagrado a Hermes, Isis y Serapis.

⁴⁷ *CIL* II 3409, colocada por dos libertos a Hércules gaditano.

⁴⁸ *CIL* II 3408, levantada por unos *magistri* al *Genius oppidi*.

⁴⁹ González y Olivares 2010.

⁵⁰ *EE* IX 348; *CIL* II 3418, 3422, 3426, 3427; *HEp* 6, 659 y 663; 7, 414; *AE* 1975, 525. Los epígrafes son obra de magistrados locales (*aediles*, un *augur quinquennalis*) y quizá de algún magistrado romano.

⁵¹ Sobre el conjunto, Díaz 2008, 121-136.

⁵² Díaz 2008, 89-94.

⁵³ *CIL* II 6432 = F.11.8.

⁵⁴ *CIL* II²/14, 668; sobre los epígrafes saguntinos, Díaz 2008, 144-146.

⁵⁵ Díaz 2008, 146-163.

religioso de la Torre de Minerva, que podría remontarse a fines del III a.E.,⁵⁶ hay que mencionar el elemento arquitectónico con capitel corintio e inscripción bilingüe, datable hacia 100 a.E.,⁵⁷ fecha tal vez también del bloque funerario de L. Cesio Ampión⁵⁸ y de la dedicatoria de un liberto llamado Seleuco a su patrono,⁵⁹ así como otro bloque correspondiente a un *magister*,⁶⁰ una importante serie de bloques y placas correspondientes a grandes mausoleos funerarios, como los que portarían las varias esculturas tardorrepublicanas halladas en la ciudad,⁶¹ datables en su mayoría en el I a.E. — muchos a fines de la centuria—,⁶² incluyendo dos epígrafes perdidos en latín e ibérico,⁶³ una pequeña estela o cipo funerario⁶⁴ y las inscripciones honoríficas a patronos o magistrados romanos de mediados del I a.E.⁶⁵ De *Emporion* proceden varias inscripciones griegas, en concreto un par de epígrafes y un hito terminal religiosos de los siglos II-I a.E. y un epitafio del siglo I a.E.,⁶⁶ la bilingüe greco-latina de un alejandrino que conmemora la erección del templo de Isis y Serapis, datable entre 100 y mediados del siglo I a.E.,⁶⁷ varias dedicatorias a patronos del siglo I a.E.⁶⁸ y cuatro placas funerarias,⁶⁹ también del siglo I a.E.⁷⁰ Por último de la necrópolis mallorquina de Sa Carrotja, fuera ya del área ibérica, procede una placa funeraria del I a.E.⁷¹

Significativamente, son también *Emporion*, *Tarraco* y *Saguntum* las ciudades que han proporcionado las únicas concentraciones reseñables de inscripciones ibéricas sobre piedra que, en términos generales, parecen coetáneas de las latinas y en muchos casos comparten con ellas tipos de soporte e incluso rasgos paleográficos y de maquetación. En el caso de *Tarraco*,⁷² la vinculación de la epigrafía ibérica con la latina resulta manifiesta por presentar las tres inscripciones más monumentales, ya citadas, textos en latín e

⁵⁶ *CIL* II²/14, 841.

⁵⁷ *CIL* I³ 3451 = C.18.10.

⁵⁸ *CIL* I³ 3450.

⁵⁹ *CIL* II 4371.

⁶⁰ *CIL* II 4309.

⁶¹ Koppel 1985, 83-84 y núms. 98, 99, 100, 101, 112, 113, 115 —con los criterios de datación, que inducen a situar esta pieza y las restantes con posterioridad a II a.E.—, 116 y 117.

⁶² *CIL* II 6135; *CIL* I³ 3453, 3454, 3455, 3457, 3459, 3460, 3461, 3463.

⁶³ *CIL* II 4424a = C.18.6; *CIL* II 4318a = C.18.5.

⁶⁴ *CIL* I³ 3458.

⁶⁵ *AE* 1957, 309-310 dedicadas a Pompeyo Magno y P. Mucio Escévola; *CIL* II 4134.

⁶⁶ De Hoz 1997, 33-39.

⁶⁷ *CIL* II 6185.

⁶⁸ *AE* 1977, 468 y *CIL* II 6182: Domicio Calvino; *EE* IX 397: Apio Claudio Pulcro.

⁶⁹ *CIL* II 6187; *EE* IX 406; *HEp* 4, 426 y 427.

⁷⁰ Sobre las inscripciones latinas empuritanas, Díaz 2008, 163-172.

⁷¹ *CIL* II 3676; Díaz 2008, 189-190.

⁷² Simón 2012, 59-61.

ibérico, dos sobre soportes perdidos⁷³ y la otra sobre el elemento arquitectónico dotado de un capitel corintio, datado sin precisión entre fines del siglo II y las postrimerías de la siguiente centuria,⁷⁴ y por estar grabada la cuarta sobre un árula de factura clásica, probablemente de procedencia doméstica.⁷⁵ A éstos, dejando de lado las marcas de cantero de la muralla, hay que agregar un par de grafitos parietales,⁷⁶ procedentes de la Torre de Minerva, en donde fue hallado también el grafito dedicado a Minerva que pasa por ser la inscripción latina más antigua de Hispania, fechable a fines del III o comienzos del II a.E.⁷⁷ En lo que respecta a *Emporion*,⁷⁸ las ocho piezas inventariadas hasta la fecha son todas ellas placas,⁷⁹ similares a las latinas y griegas de la localidad, correspondientes a monumentos de una cierta entidad,⁸⁰ a las que por su tipo de letra —generalmente con surco en V— y las formas de algunas interpunciones parece corresponder una cronología del siglo I a.E., incluso a fines de la centuria, con la que concuerda la única aparecida en contexto arqueológico, amortizada en un silo cuyos materiales señalan una fecha *ante quem* a partir de 80-40 a.E.⁸¹ Puede añadirse la plaquita de plomo destinada a insertarse en una columna, seguramente funeraria, cuya cronología se sitúa en los siglos II-I a.E.⁸² Pero el conjunto mayor es el saguntino, con diecisiete ejemplares,⁸³ muchos de ellos perdidos de los que sólo uno parece corresponder a una estela,⁸⁴ tipología a la que se adecua también uno de los epígrafes conservados;⁸⁵ los restantes que presentan una morfología reconocible son placas,⁸⁶ un bloque,⁸⁷ una losa⁸⁸ o un dintel en el caso de la mencionada bilingüe del liberto Fabio Isidoro,⁸⁹ por lo general con una

⁷³ CIL II 4424a y 4318a = C.18.5-6.

⁷⁴ CIL I³ 3451 = C.18.10.

⁷⁵ C.18.7; Simón 2009.

⁷⁶ C.18.2-4.

⁷⁷ CIL II²/14, 841.

⁷⁸ Simón 2012, 56-59; Velaza 2003.

⁷⁹ C.1.1-4 y para las posteriores, Simón 2012, P9-P12

⁸⁰ Quizá alguna de carácter honorífico, Velaza 2003, 184.

⁸¹ Aquilué y Velaza 2001.

⁸² C.1.5.

⁸³ Simón 2012, 61-77.

⁸⁴ F.11.13; los restantes son F.11.10-11 y 14-16. Barrandon 2004, 226-228 clasifica como estelas, con seguridad o con dudas, varias otras piezas saguntinas como F.11.2, 3, 11, 12, 14, 15, 27, que por su fragmentaria conservación no pueden ser identificadas con certeza como tales: en el caso de F.11.2, 3, 11 y 14 la anchura conservada supera a la altura, y en el de F.11.27 el tratamiento de la superficie lo desaconseja.

⁸⁵ F.11.1; Beltrán 2005, 44-45.

⁸⁶ F.11.6 y también 4.

⁸⁷ Como el precedente del teatro; ver en último lugar Velaza 2004.

⁸⁸ F.11.27.

⁸⁹ F.11.5.

maquetación cuidada y a menudo con rasgos que derivan de modelos romanos como los refuerzos,⁹⁰ la interpunción en forma de aspa con cuadrado central⁹¹ o el surco en V,⁹² indicios estos que apuntan a la contemporaneidad con los conjuntos latinos del litoral datables fundamentalmente en el siglo I a.E., si bien alguna de las inscripciones ibéricas saguntinas podría remontarse al siglo II a.E.⁹³ También podrían ser de inspiración romana las peanitas religiosas de Montaña Frontera destinadas a insertar sobre ellas una estatuilla de bronce, de las que no se conocen paralelos ibéricos, pero sí alguno romano.⁹⁴

En resumidas cuentas las concentraciones más relevantes de inscripciones ibéricas sobre piedra proceden de los tres activos y abiertos puertos de *Emporion*, *Tarraco* y *Saguntum*, en los dos primeros de los cuales conviven con otros epígrafes lapídeos romanos —y griegos—, cuyos rasgos y cronología comparten básicamente muchos ejemplares de las tres series.⁹⁵ Se trata de ciudades con un notable desarrollo urbano, caracterizadas por la presencia de importantes conjuntos monumentales —de los que las inscripciones lapídeas forman parte integrante—, prácticamente desconocidos en el nordeste fuera de estas ciudades. Si en *Saguntum* la población ibérica es dominante, por el contrario en *Tarraco* y en *Emporion* convive con activas comunidades romanas entre las que destaca la presencia de libertos y, en la segunda, con la población griega. Por el contrario, el puerto de fundación púnica y posterior base militar y centro minero y comercial romano de *Carthago noua* no debía albergar una población local compacta, que, en todo caso, parece subalterna y seguramente heterogénea,⁹⁶ circunstancia que contribuye seguramente a explicar la ausencia de una epigrafía vernácula. Resulta significativo en comparación que, por el contrario, las colonias latinas de *Valentia* y las Baleares, únicas comunidades plenamente itálicas de la Hispania Citerior, no hayan proporcionado hasta la fecha inscripciones sobre

⁹⁰ F.11.3 y 8.

⁹¹ F.11.3 y 4; cf. en Cartagena las inscripciones de la muralla, esp. Díaz 2008, C24.

⁹² F.11.1, 3, 5, 8, ...

⁹³ Caso de F.11.2 por el tipo de letra; Simón 2012, [72].

⁹⁴ Simón 2012, [76]

⁹⁵ Beltrán 2005, 44-45; Mayer y Velaza 1993; Velaza 2003.

⁹⁶ La onomástica personal reflejada en la epigrafía de *Carthago noua* muestra muy pocos nombres paleohispánicos, entre ellos *Toloco* (*CIL* II 3450; Abascal y Ramallo 1997, núm. 74, datándola a comienzos del I d.E.), que podría ser ibérico (cf. Campamjo y Ferrer 2010, 260 núm. 20), aunque aparece varias veces en el tercer bronce de Botorrita (Beltrán, de Hoz y Untermann 1996, II.44, III.5, 20 y 45, IV.26); *Samalo* (Abascal y Ramallo 1997, núm. 153, de época augústea), probablemente indoeuropeo; el hápax *Sambarulla* (*CIL* II 5944 = Abascal y Ramallo 1997, núm. 63, II d.E.), con un paralelo en Jerez de la Frontera (*HAE* 2198); y el teónimo *Salaecus*, de filiación insegura, atestiguado ahora en un epígrafe republicano (González y Olivares 2010). Obsérvese que, además, de numerosos *cognomina* griegos, se cuentan, por ejemplo, otros púnicos (*Sufun*, *CIL* II 3510; *Malcio*, *EE* IX, 339).

piedra, salvo, quizá, la mencionada de Sa Carrotxa,⁹⁷ una circunstancia que pone de manifiesto, junto a la debilidad de la epigrafía monumental en la Hispania Ulterior —fenómeno que en otros trabajos hemos vinculado parcialmente a la relevancia del substrato púnico, particularmente reluctante a esta forma de la cultura escrita—,⁹⁸ cómo las respuestas locales al proceso de romanización, del que la incipiente cultura epigráfica es un aspecto más, varían notablemente en función de las tradiciones locales y de las condiciones de desarrollo específicas de cada comunidad.

En definitiva las tres únicas concentraciones relevantes de inscripciones ibéricas sobre piedra procedentes de *Emporion*, *Tarraco* y *Saguntum* parecen compartir en muchos casos los rasgos materiales y la cronología de las latinas —e, incluso, griegas— aparecidas en estas mismas localidades y, en consecuencia, resulta razonable atribuirles a la difusión de la incipiente cultura epigráfica romana,⁹⁹ con la que las elites indígenas pudieron familiarizarse no sólo en sus mismas ciudades o en otras de la provincia como *Carthago noua*, sino también en Roma y en Italia habida cuenta de la intensidad de los contactos de todo género entre Hispania y la península Itálica durante este período.¹⁰⁰

III. LAS ESTELAS IBÉRICAS

La epigrafía ibérica sobre piedra del nordeste fuera de los tres centros portuarios mencionados en el apartado anterior se circunscribe a las estelas funerarias que son tenidas, con acierto, como el tipo más característico de inscripción ibérica sobre piedra, y que, nunca con concentraciones superiores a tres piezas, se dispersan por buena parte de Cataluña, el norte de la Comunidad Valenciana y el Aragón oriental. Como se habrá podido apreciar, la estela no es un tipo habitual en los conjuntos epigráficos de los tres centros urbanos analizados en el apartado anterior, sino que, por el contrario, procede de regiones y asentamientos con escasa presencia de población itálica

⁹⁷ Beltrán 2004, 60.

⁹⁸ Por ejemplo, Beltrán 2005, 36.

⁹⁹ No parecen discrepar de este punto de vista ni de Hoz 2011, 413 y 448 ni Barrandon 2011, 173.

¹⁰⁰ Aunque este sea un factor generalmente minusvalorado, no debe menospreciarse la relevancia de los desplazamientos de hispanos a Italia y Roma por motivos comerciales, militares —subrayados por documentos como el bronce de Ascoli (*CIL* I² 709)— o diplomáticos: el envío de legaciones hispanas a Roma son frecuentes, incluso en el caso de ciudades del interior como las celtibéricas (p. ej., García Riaza 2005, 640); en el caso de *Saguntum*, por ejemplo, los envíos de embajadas están comprobados desde antes de 218 a. E. —App. *Ib.* 7 (época de Asdrúbal); Plb. III 15, 7; Zon. VIII 21 (219 a.E.); ...— y también después y desde fecha muy temprana —Liv. XXVIII 39 (205 a. E.), xxx 21, 3 (203 a.E.), ...—; otras embajadas hispanas recogen las fuentes, como la general de 171 a. E. (Liv. XLIII 2). Cabe suponer que acontecimientos como la concesión de la condición de colonia latina a mediados del I a.E. (Ripollès y Velaza 2002) y de municipio romano en época de Augusto, generaran también el envío de legaciones.

estable y carentes de desarrollo urbanístico¹⁰¹ y monumental así como, en consecuencia, de epigrafía latina de carácter público.¹⁰² Desde el punto de vista cronológico ninguna de las estelas ha podido ser datada de manera precisa: a lo sumo puede recurrirse a las fechas de abandono de los núcleos de población o necrópolis con los que parecen asociadas que tan sólo suministran un horizonte *ante quem* que, como máximo, puede remontarse a comienzos del siglo I a.E. como en el caso de Cretas o Nogueruelas, en el Aragón oriental,¹⁰³ región en la que hay acuerdo en situar la introducción de la escritura en el curso del siglo II a.E.¹⁰⁴ En consecuencia debe partirse de la premisa de que, mientras nuevos hallazgos no demuestren lo contrario, la cronología de las estelas no es en términos generales necesariamente anterior a los conjuntos ibéricos urbanos de Sagunto, Ampurias y Tarragona, cuya datación, como se ha visto, corresponde fundamentalmente al siglo I a.E., sin excluir posibles cronologías en la centuria anterior.

Como se ha visto, la estela, aunque esté atestiguada en Hispania, no es un elemento frecuente en la epigrafía latina republicana del nordeste¹⁰⁵ ni tampoco en Roma antes de fines del siglo I a.E.,¹⁰⁶ aunque sí es conocida en otras áreas occidentales como la propia Italia, el norte de África o el sur de las Galias.¹⁰⁷ Además, frente a las dimensiones más bien modestas de las

¹⁰¹ Hecho ya subrayado por Mayer y Velaza 1993, 676.

¹⁰² Entre los poquísimos casos reseñables de epígrafes públicos en el interior, además de los miliarios y el término de Fuentes de Ebro, ya mencionados, pueden destacarse la *Tabula Contrebiensis* de Botorrita (*CIL* I³ 2951a) y el pavimento musivo de El Burgo de Ebro (*AE* 2001, 1237), ambas en Zaragoza.

¹⁰³ Simón 2012, [102].

¹⁰⁴ O, a lo sumo, a fines del siglo III a.E. en los puntos más orientales de Aragón como San Antonio de Calaceite, fecha en la que se propuesto datar un grafito sobre adobe (E.11.1), Moret 2002, 125-126.

¹⁰⁵ Díaz 2008, 67-68 registra dos ejemplares en la Citerior, uno procedente de *Tarraco* (*CIL* II 4386; no debe serlo, a cambio, *CIL* II 4318a) y otro de Los Beatos, junto a Cartagena (*CIL* I³ 3449b), y seis más en la Ulterior, entre ellos una de Úbeda (2008, U55), de fines de la República o comienzos del principado de Augusto de aspecto muy similar a la estela ibérica de Guissona (Guitart y Pera 1994), como me señala I. Simón, a quien le agradezco la observación.

¹⁰⁶ Panciera 1995, 329.

¹⁰⁷ En África, Zucca 1996 señala en *Carthago* varios ejemplos de epitafios sobre 'lastra' rectangular (núm. 6 = *CIL* VIII 1053, 49 x 35 x 13), estela rectangular (núm. 8 = *CIL* VIII 24865, 55 x 25 x 8,9; núm. 13 = *CIL* VIII 24874, 70 x 21; núm. 14 = *CIL* VIII 24875, 51 x 27 x 9), irregular (núm. 9 = *CIL* VIII 24867, 60 x 27 x 13) o de cabecera semicircular (núm. 10 = *CIL* VIII 24868, 90 x 45 x 36), algunos de buen tamaño. En la epigrafía itálica, cómodamente consultable ahora en Crawford 2011, aunque las estelas funerarias no son abundantes en los siglos II-I a.E., pueden señalarse varios ejemplos como *Superaequum* 6, c. 150 a.E., 35 x 42 x 25, algunos de tamaño medio o grande: *Corfinium* 3, c. 100 a.E., 103 x 17 x 20; *Cumae* 12, 200-100 a.E., 88 x 61 x 32; etc. En el sur de Francia se conocen también estelas funerarias en galo tanto en alfabeto latino (*RIG* L 1, Ventabren, (48) x 35 x 33; L 4, Genouilly, 144 x 55 x 17; o L 5, Neris-les-Bains, 103 x 49 x 17) como griego, caso de los grandes monumentos de *Glanum*, Saint Rémy (*RIG* G 68, 275 x 45 x 40; G 69, (174) x 43 x 18; G 70, 191 x 42 x 47; G 71, 275 x 39 x 40; G 73) y otros como los de Ventabren (G 106, 82 x 47 x 33), Cavailon (G 118, 132 x 38 x 35; G 122 124 x 43 x 36), etc.

estelas romanas más antiguas,¹⁰⁸ algunas de las ibéricas adquieren dimensiones muy notables que sobrepasan con frecuencia el metro de altura: la mayor de las conocidas es la de Guissona con 192 cm,¹⁰⁹ pero se conoce una docena más, muchas de ellas incompletas, que supera los 100 cm.¹¹⁰ Hay que subrayar, sin embargo, que no existe constancia de una tradición prerromana del uso de marcadores anepígrafos de piedra en las necrópolis ibéricas, aunque puedan señalarse algunos casos como Ensérune¹¹¹ o las lajas empleadas en Cabezo Lucero (Alicante),¹¹² localidades situadas en áreas en donde, por cierto, no se desarrolló una epigrafía funeraria en los siglos II y I a.E. Ello desde luego no excluye la posibilidad de que existieran marcadores de las tumbas en otros materiales, de madera por ejemplo. Tampoco pueden aducirse precedentes significativos púnicos o griegos en la península Ibérica.¹¹³

En estas circunstancias, sin precedentes ibéricos prerromanos ni modelos coloniales claros, sólo cabe explicar este tipo epigráfico como consecuencia de un desarrollo local. La cuestión es aclarar si esta innovación es una respuesta a la introducción de la incipiente cultura epigráfica romana en Hispania o, por el contrario, independiente de ella. Si la pesquisa se reduce a la mecánica identificación de soportes de tipo romano idénticos a los ibéricos que pudieran servirles como modelo, como ya se ha visto, la respuesta a una posible filiación romana, habida cuenta de la escasez de estelas latinas coetáneas, debe ser fundamentalmente negativa pese a la existencia de algunos paralelos muy llamativos.¹¹⁴ Ahora bien el problema, a mi juicio, no es tanto la detección de un modelo material que pueda servir como modelo exacto cuanto valorar la posibilidad de que esa nueva forma de comunicación social que supone el uso público de la escritura sobre piedra introducido por los romanos, que se atestigua débilmente desde fines del siglo II a.E. y de forma más consistente conforme avanza la siguiente centuria, pudiera ser adoptada por las comunidades ibéricas y aplicada a soportes diferentes a los monumentos funerarios y honoríficos o a los edificios de tradición romana sobre los que ésta era practicada preferentemente en las ciudades costeras de la Hispania Citerior, y diferentes también de los posibles marcadores en materiales perecederos que pudieran emplearse en las tumbas previamente. Las estelas pueden ser entendidas desde esta perspectiva como una respuesta

¹⁰⁸ Hecho ya señalado por Barrandon 2003, 203.

¹⁰⁹ Guitart y Pera 1994.

¹¹⁰ Sobre las estelas ibéricas, Simón 2012, [14-18 y 30-53].

¹¹¹ Schwaller 1994, 71-72.

¹¹² Izquierdo y Arasa 1999, 261-264.

¹¹³ Cabe mencionar el cipo o estela púnica de Marchena (Sevilla), anepígrafa pero decorada con un caballo y una palmera (81 x 43 x 36 cm), Ferrer 1999, y la estela de Ampurias con una lanza enrollada, quizá del siglo VI a.E.; Sanmartí 1998. Al respecto Simón 2012, [32].

¹¹⁴ Como el ya mencionado de la estela latina de Úbeda (Díaz 2008, U55), de fines de la República o comienzos del principado de Augusto, y la estela ibérica de Guissona (Guitart y Pera 1994).

local, simple técnicamente, relativamente económica y eficaz por ser suficientemente llamativa —sobre todo en el caso de las piezas de mayor tamaño—, a los más sofisticados y costosos monumentos construidos en piedra o ladrillo sobre los que se fijaban las placas, losas o bloques en Ampurias, Tarragona y Sagunto.

En esta dirección apuntan diversos factores y, ante todo, la acusada variedad regional o incluso local que muestra la morfología de las estelas, una circunstancia que parece debilitar la posibilidad de que se inspiraran en un modelo foráneo o en una tradición local anterior y generalizada del uso de estos soportes pétreos que, forzosamente, habría dado lugar a una mayor homogeneidad tipológica.

En el Maestrazgo y zonas aledañas de Aragón y la Comunidad Valenciana las estelas se caracterizan por la falta de decoración, la presencia de líneas de guía profundamente incisas¹¹⁵ y por ciertos elementos comunes en los simples formularios que emplean los textos:¹¹⁶ las líneas de guía se convierten prácticamente en un elemento decorativo de las estelas que podría entenderse como una acentuación por parte de artesanos poco experimentados en este tipo de trabajo sobre piedra de las verdaderas líneas de guía utilizadas por los lapicidas romanos. Por lo demás, en el caso de las estelas mejor conservadas los remates presentan una morfología muy variada: apuntada en el ejemplar de Cabanes,¹¹⁷ con dos planos inclinados en Canet lo Roig,¹¹⁸ antropomorfa en Noguerales¹¹⁹ y redondeada en la estela más meridional de Sinarcas, que presenta además, un texto mucho más articulado.¹²⁰

Otro grupo bien diferenciado es el constituido por los tres ejemplares de Badalona,¹²¹ de los que los dos mejor conservados presentan una decoración consistente en lanzas, acompañadas en uno de ellos por una esvástica, un creciente lunar —o guirnalda— y una rosa hexapétala, que también aparecen junto con delfines en la perdida estela de Barcelona.¹²² Debe subrayarse que, salvo las lanzas, estos motivos son propios de contextos romanos como los pavimentos de *opus signinum*,¹²³ fechables a partir de la segunda mitad del siglo I a.E., circunstancia que quizá podría ser indicativa de la datación de estas piezas. A cambio, la cercana estela de Santa Perpetua de Moguda carece de decoración y presenta un texto más largo.¹²⁴ De todas estas difiere la única pieza del interior catalán hallada completa, la estela de Guisso-

¹¹⁵ Barrandon 2003, 209.

¹¹⁶ Simón 2012, [30-31].

¹¹⁷ F.5.1.

¹¹⁸ F.2.1-2.

¹¹⁹ Arasa e Izquierdo 1998.

¹²⁰ F.14.1, presente también en un ejemplar saguntino F.11.13.

¹²¹ C.8.1; Comas, Padrós y Velaza 2001.

¹²² C.9.1.

¹²³ Simón 2012, [31-32].

¹²⁴ C.10.1.

na,¹²⁵ como se ha dicho la de mayor altura de las conocidas —192 cm—, con remate semicircular y texto de excelente factura dentro de una cartela rebajada con interpunciones triangulares, líneas de guía y abreviaturas, aspectos estos que remiten claramente a modelos romanos y que cuentan, como se ha dicho, con un algún claro paralelo latino en Hispania.¹²⁶

Finalmente, las piezas procedentes del Aragón oriental —Maestrazgo, al margen— tienen en común el predominio de la decoración salvo en el ejemplar, perdido, de Fraga que presenta simplemente una rosa hexapétala similar a las de Barcelona y Badalona.¹²⁷ Entre ellas destaca el pilar y el fragmento de La Vispesa de Binéfar,¹²⁸ el segundo ornamentado con caballos y el primero con manos diestras y un cadáver descuartizado al que se aproxima un buitre, motivos que son de acusada raigambre local a juzgar por los paralelos del Bajo Aragón, de donde procede una treintena de estelas decoradas en las que domina el conocido tema de las lanzas —presente también en Badalona—,¹²⁹ aunque también escenas con jinetes y entre las que hay que destacar la del Palao de Alcañiz por la semejanza iconográfica con la de Binéfar.¹³⁰ De este conjunto, sin embargo, sólo una estela, la de Cretas, presenta inscripción, obviamente subalterna a juzgar por su disposición marginal respecto de la decoración de lanzas.¹³¹ Difiere del conjunto anterior la estela de Caspe, decorada con una hilera de escudos sobre la que descansa un león.¹³² La datación de estas piezas es controvertida, si bien suelen situarse en una horquilla que abarca los siglos II y I a.E.,¹³³ y, por lo tanto, podrían entenderse también como una respuesta local de carácter exclusivamente iconográfico a la monumentalización de corte romano imperante en los núcleos litorales, aunque inspirada en motivos locales.

El examen de estos conjuntos hace perfectamente plausible una explicación de las estelas —muchas de ellas con una cronología que difícilmente debe superar el siglo I a.E. como se ha dicho— como una expansión desde la costa hacia el interior de la práctica epigráfica,¹³⁴ que no se limita a copiar modelos servilmente, sino que adapta el nuevo lenguaje escrito monumental sobre piedra a las posibilidades más limitadas de estas comunidades ibéricas en comparación con los grandes núcleos portuarios, recurriendo a soportes

¹²⁵ Guitart, Pera, Mayer y Velaza 1996, 169.

¹²⁶ Úbeda, Díaz 2008, U55.

¹²⁷ D.10.1.

¹²⁸ D.12.1-2.

¹²⁹ Una síntesis en Beltrán 1996, 175-185 y un detallado estudio en Simón 2012, [33-53].

¹³⁰ Sobre la interpretación como un ritual de aniquilación del enemigo, Alfayé 2004.

¹³¹ E.10.1.

¹³² E.13.1. Esta pieza ha sido relacionada con los pilares-estela del sudeste característicos del período anterior al siglo IV a.E., aunque como señala Izquierdo 2000, 50 sus rasgos encajan mejor dentro del conjunto de estelas del Bajo Aragón.

¹³³ Simón 2012, [41].

¹³⁴ Como sugería ya en Beltrán 1993 y 2004, 64-68.

relativamente simples pero eficientes como son las estelas, cuya variada tipología regional y acusada compartimentación regional ponen de manifiesto la inexistencia de un único prototipo local previo. De igual modo, cuanto más se aleja del litoral esta práctica mayor espacio cede a la iconografía —presente también, no hay que olvidarlo, en muchos monumentos funerarios romanos de la época— en detrimento de la escritura, de acuerdo con la fecha tardía de introducción de ésta en el interior: frente a los elementos iconográficos de filiación romana presentes en las estelas de Badalona, Barcelona y Fraga —combinados en las dos primeras con lanzas—, en otras zonas del interior dominan los motivos de tradición local con un fuerte componente guerrero.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La explicación del desarrollo de la epigrafía ibérica sobre piedra en el nordeste durante los siglos II y I a.E. como una respuesta a la introducción de la incipiente cultura epigráfica romana no es suficiente, sin embargo, para comprender cabalmente todas sus particularidades. Simplemente, suministra un marco interpretativo para este fenómeno que plantea todavía múltiples interrogantes y que pone de manifiesto con particular claridad la naturaleza dinámica e interactiva del proceso de romanización en esta fase inicial, marcado por la variedad de las respuestas locales en función tanto de las peculiaridades propias de las sociedades indígenas como de las diferentes modalidades de implantación de los emigrantes itálicos.

Sin duda, entre los aspectos que requieren todavía de indagación se encuentra la circunscripción de la epigrafía monumental —tanto latina como indígena— al nordeste peninsular y, complementariamente, su escaso desarrollo en el sudeste y en la Hispania Ulterior, un fenómeno que en parte pueden contribuir a explicar factores ya señalados como la relevancia del substrato púnico en el sur, particularmente relucante al empleo de las inscripciones públicas, o la marcada orientación hacia el exterior y la aparentemente débil presencia indígena en Cartagena, pero también las tradiciones funerarias y la estructura social de las comunidades ibéricas del sudeste.¹³⁵

De cualquier forma, algunos hechos emergen también con claridad. Entre ellos, el protagonismo en este fenómeno de las ciudades portuarias abiertas al Mediterráneo y particularmente de aquéllas que cuentan con una marcada presencia oficial romana, pero también con emigrantes y libertos y, en la fase final, a partir del siglo I a.E., con la implantación de estructuras políticas municipales romanas.¹³⁶ Entre ellos constituye un factor esencial el desarrollo de la monumentalización urbana, ligada a la urbanización de corte

¹³⁵ Como apunta de Hoz 2011, 447-448.

¹³⁶ Recuérdese que a mediados del siglo I a.E. Cartagena (Abascal 2002) y Sagunto (Ripollés y Velaza 2002) se convierten probablemente en colonias latinas, que Tarraco accede en época de César a la condición de colonia romana (Alföldy 2000) y Ampurias recibe también entonces una instalación de colonos (Liv. XXXIV 9, 1 ss.).

romano y sin precedentes reseñables en el nordeste ibérico —en donde los edificios monumentales religiosos, civiles o funerarios brillan por su ausencia—,¹³⁷ de la que las inscripciones sobre piedra, no hay que olvidarlo, constituyen una faceta más. En las ciudades litorales en las que la monumentalización arraigó y que contaban, por lo tanto, con talleres especializados, los indígenas que se sintieron inclinados hacia la autorrepresentación epigráfica recurrieron a ellos y se hicieron construir monumentos de corte romano. Por el contrario, en las zonas en las que no se daban estas condiciones se recurrió a una expresión monumental más simple, como es la estela, impregnada sobre todo en las regiones del interior de tradiciones locales y que puede considerarse como una respuesta a la monumentalización epigráfica propiamente romana del litoral.

El modelo inverso, con un desarrollo previo de la epigrafía sobre piedra ibérica en el interior, en donde la monumentalización brilla por su ausencia, y una difusión después hacia los centros portuarios del litoral en los que el desarrollo de templos, mausoleos funerarios y demás elementos monumentales es de clara filiación romana, resulta francamente difícil de concebir.

Es posible que la incipiente cultura epigráfica romana de los siglos II y I a.E. pueda inscribirse dentro de una corriente de carácter más general que, en cualquier caso, requiere ser examinada con detalle y confirmada en cada región del Mediterráneo occidental.¹³⁸ Sin embargo atribuir el desarrollo de la epigrafía sobre piedra ibérica a esta inconcreta corriente mediterránea y considerarlo previo o independiente en sus inicios al proceso de romanización¹³⁹ constituye un punto de partida que plantea un grave problema: a saber que no existe en Hispania ninguna otra tradición epigráfica monumental a la que pueda recurrirse como inductora de este fenómeno que no sea la romana.

Naturalmente, todo lo dicho no excluye en absoluto la posibilidad de que puedan localizarse en el futuro ejemplos aislados de epígrafes sobre piedra ibéricos de fecha anterior a la presencia romana, como, de hecho, ocurre en Ullastret. Y tampoco puede darse el problema por definitivamente zanjado, habida cuenta de las incertidumbres que pesan sobre la cronología de la epigrafía ibérica —y latina— de los siglos II y I a.E. Sin embargo, en el estado actual de nuestros conocimientos, todo induce a pensar que la generalización de la epigrafía sobre piedra en el nordeste peninsular ibérico es un fenómeno ligado a la introducción de una serie de innovaciones propias de la sociedad romana coetánea y en particular de la monumentalización urbana,

¹³⁷ No es preciso insistir mucho en la falta de monumentalidad, excluidas las fortificaciones, de las ciudades ibéricas del nordeste, en las que no se conocen edificios culturales ni enterramientos monumentales; véanse las síntesis de Aranegui 1998, 138-139 y Almagro y Moneo 2000 sobre los santuarios, o las de Chapas 1998 y León 1998 sobre los enterramientos.

¹³⁸ Este es el objetivo del proyecto internacional en curso de tramitación en el Ministerio de Economía y Competitividad: *El nacimiento de las culturas epigráficas en el occidente mediterráneo (II-I a.E.)*.

¹³⁹ Así de Hoz 1995, 75; Barrandon 2003, 217; de Hoz 2011, 415; Barrandon 2011, 175.

desconocida prácticamente en la región con anterioridad, de la que el uso público de la escritura sobre piedra es una faceta más, aunque particular, que, por mucho que pueda responder a una corriente más general, en Hispania parece ligada al proceso de romanización y a las reacciones que ante él protagonizaron determinadas sociedades locales, materia esta, sin embargo, en la que son todavía muchos los aspectos por aclarar.

BIBLIOGRAFÍA

- Abascal 2002: J. M. Abascal, “La fecha de promoción municipal de Carthago Nova y sus repercusiones edilicias”, *Mastia* 1, 2002, 21-44.
- Abascal y Ramallo 1997: J. M. Abascal y S. F. Ramallo, *La ciudad de Carthago Nova. La documentación epigráfica*, Murcia 1997.
- Alfayé 2004: S. Alfayé, “Rituales de aniquilación del enemigo en la estela de Binéfar (Huesca)”, en L. Hernández y J. Alvar (eds.), *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo*, Valladolid 2004, 63-76.
- Alföldy 2000: G. Alföldy, “Wann wurde Tarraco Römische Kolonie?”, en G. Paci (ed.), *Επιγραφαί. Miscellanea epigrafica in onore di L. Gasperini*, Roma 2000, 3-22.
- Almagro y Moneo 2000: M. Almagro y T. Moneo, *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*, Madrid 2000.
- Aquilué y Velaza 2001: X. Aquilué y J. Velaza, “Nueva inscripción ibérica ampuritana”, *PalHisp* 1, 2001, 277-289.
- Aranegui 1998: C. Aranegui, “Santuarios. El encuentro con la divinidad”, en *Los iberos, príncipes de occidente*, Barcelona 1998, 135-145.
- Arasa e Izquierdo 1998: F. Arasa e I. Izquierdo, “Estela antropomorfa con inscripción ibérica del Mas de Barberán (Noguera, Teruel)”, *AEspA* 71, 1998, 79-102.
- Barrandon 2003: N. Barrandon, “La part de l’influence latine dans les inscriptions funéraires ibériques et celtibériques”, *MCV* 33, 2003, 199-237.
- Barrandon 2011: N. Barrandon, *De la pacification à l’intégration des Hispaniques (133-27 a. C.)*, Bordeaux 2011.
- Beltrán 1993: F. Beltrán Lloris, “La epigrafía como índice de aculturación en el valle medio del Ebro”, en Untermann y Villar 1993, 235-272.
- Beltrán 1995: F. Beltrán Lloris, “La escritura en la frontera. Inscripciones y cultura epigráfica en el valle medio del Ebro”, en Beltrán 1995a, 169-195.
- Beltrán 1995a: F. Beltrán Lloris (ed.), *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en occidente*, Zaragoza 1995.
- Beltrán 1996: M. Beltrán Lloris, *Los Iberos en Aragón*, Zaragoza 1996.
- Beltrán 2004: F. Beltrán Lloris, “Las inscripciones ibéricas en el contexto de la epigrafía republicana”, *ELEA* 5, 2004, 51-74.

- Beltrán 2004a: F. Beltrán Lloris, “Libertos y cultura epigráfica en la Hispania republicana”, en F. Marco, F. Pina y J. Remesal (eds.), *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo*, Barcelona 2004, 151-175.
- Beltrán 2005: F. Beltrán Lloris, “Cultura escrita, epigrafía y ciudad en el ámbito paleohispánico”, *PalHisp* 5, 2005, 21-56.
- Beltrán 2011: F. Beltrán Lloris, “¿Firmas de artesano o sedes de asociaciones comerciales? A propósito de los epígrafes musivos de Caminreal (E.7.1), Andelo (K.28.1) y El Burgo de Ebro (*HEp* 11, 2001, 621 = *AE* 2001, 1237)”, en E. Luján y J. M. García Alonso (eds.), *A Greek man in the Iberian street. Papers in Linguistics and Epigraphy in honour of Javier de Hoz*, Innsbruck 2011, 139-147.
- Beltrán, de Hoz y Untermann 1996: F. Beltrán, J. de Hoz y J. Untermann, *El tercer bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza 1996.
- Beltrán et al. 2010: J. Beltrán Fortes et alii, *El mausoleo de los Pompeyos de Torreparedones (Baena, Córdoba)*, Madrid 2010.
- Campajo y Ferrer 2010: P. Campajo y J. Ferrer, “Le Nouveau corpus d’inscriptions ibériques rupestres de la Cerdagne (1): premiers resultats”, *PalHisp* 10, 2010, 249-274.
- Chapas 1998: T. Chapas, “Los iberos y su espacio funerario”, en *Los iberos príncipes de occidente*, Barcelona 1998, 109-119.
- Comas, Padrós y Velaza 2001: M. Comas, P. Padrós y J. Velaza, “Dos nuevas estelas ibéricas de Badalona”, *PalHisp* 1, 2001, 291-299.
- Crawford 2011: M. H. Crawford, *Imagines Italicae. A Corpus of Italic Inscriptions*, London 2011.
- De Hoz 1995: J. de Hoz, “Escrituras en contacto: ibérica y latina”, en Beltrán 1995a, 57-84.
- De Hoz 2010: J. de Hoz, *Historia lingüística de la Península Ibérica en la antigüedad. I. Preliminares y el mundo meridional prerromano*, Madrid 2010.
- De Hoz 2011: J. de Hoz, *Historia lingüística de la península Ibérica en la Antigüedad. II. El mundo ibérico prerromano y la indoeuropeización*, Madrid 2011.
- De Hoz, M. P. 1997: M. P. de Hoz, “Epigrafía griega en Hispania”, *Epigraphica* 60, 1997, 29-93.
- Díaz 2008: B. Díaz, *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Barcelona 2008.
- Ferrer 1999: E. Ferrer, “La olvidada ‘necrópolis fenicia’ de Marchena (Sevilla)”, *Spal* 8, 1999, 101-114.
- Fuentes 1986: M. J. Fuentes, *Corpus de las inscripciones fenicias, púnicas y neopúnicas de España*, Barcelona 1986.
- García Riaza 2005: E. García Riaza, “Lengua y poder. Notas sobre los orígenes de la latinización de las élites cetibéricas (182-133 a.C.)”, *PalHisp* 5, 2005, 637-656.

- González y Olivares 2010: R. González y J. C. Olivares, “Una inscripción de época republicana dedicada a *Salaecus* en la región minera de Carthago Nova”, *AEspA* 83, 2010, 109-126.
- Guitart y Pera 1994: J. Guitart y J. Pera, “Notícia preliminar sobre una inscripció ibèrica trobada a Guissona (Lleida)”, *Revista d’Arqueologia de Ponent* 4, 1994, 261 y 262.
- Guitart *et al.* 1996: J. Guitart, J. Pera, M. Mayer y J. Velaza, “Noticia preliminar sobre una inscripción ibérica encontrada en Guissona (Lérida)”, en F. Villar y J. Encarnação (eds.), *La Hispania prerromana*, Salamanca 1996, 163-170.
- Izquierdo 2000: I. Izquierdo, *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*, Valencia 2000.
- Koppel 1985: E. Koppel, *Die römischen Skulpturen von Tarraco*, Berlin 1985.
- León 1998: P. León, “La escultura”, en *Los iberos, príncipes de occidente*, Barcelona 1998, 153-169.
- Luján 1997: E. Luján, “La inscripción en caracteres ibéricos de Los Maíllos (Belvís de la Jara, Toledo)”, *AEspA* 70, 1997, 175-280
- Luján *et alii* 2012: E. Luján, T. Chapa, J. Pereira, A. Cabrera y C. Charro, “Nueva inscripción ibérica sobre granito de Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)”, *PalHisp* 12, 2012, 91-108.
- Martín 1997: A. Martín, *Guías del Museu d’Arqueologia de Catalunya. Ullastret*, Barcelona 1997.
- Mayer y Velaza 1993: M. Mayer y J. Velaza, “Epigrafía ibérica sobre soportes típicamente romanos”, en Untermann y Villar 1993, 667-682.
- Moret 2002: P. Moret, “Reflexiones sobre el período ibérico pleno (siglos V a III a.C.) en el Bajo Aragón y zonas vecinas del curso inferior del Ebro”, *I Jornades d’Arqueologia. Ibers a l’Ebre. Ilercavonia* 3, 2002, 111-135.
- Panciera 1995: S. Panciera, “La produzione epigrafica di Roma in età repubblicana. Le officine lapidarie”, en H. Solin, O. Salomies y U.-M. Liertz (eds.), *Acta colloquii epigraphici Latini*, Helsinki 1995, 319-342.
- Panosa 1999: I. Panosa, *La escritura ibérica en Cataluña y su contexto socio-económico (siglos V-I a.C.)*, Vitoria 1999.
- Ramos 1969: R. Ramos, “Inscripciones ibéricas de La Alcuñia”, *APL* 12, 1969, 169-177.
- RIG L: M. Lejeune, *Recueil des inscriptions gauloises. II 1. Texte gallo-étrusques. Textes gallo-latins sur pierre*, Paris 1988.
- RIG G: M. Lejeune, *Recueil des inscriptions gauloises. I. Textes gallo-grecs*, Paris 1985.
- Ripollés y Velaza 2002: P. P. Ripollés y J. Velaza, “Saguntum, colonia latina”, *ZPE* 141, 2002, 285-294.
- Rodríguez 2004: J. Rodríguez Ramos, *Análisis de epigrafía ibera*, Vitoria 2004
- Schwaller 1994: M. Schwaller, “Structures de couverture et de signalisation des tombes du deuxième Age du fer en Languedoc occidental”, *Documents d’Archéologie Méridionale* 17, 1994, 69-73.

- Sanmartí 1998: E. Sanmartí, “Una estela de guerrer procedent d’Empuries”, *Fonaments* 7, 1988, 111-114.
- Simón 2009: I. Simón, “Una inscripción ibérica sobre un árula de Tarragona (C.18.7)”, *PalHisp* 9, 2009, 517-530.
- Simón 2012: I. Simón, *Los soportes de la epigrafía paleohispánica*, Zaragoza - Sevilla 2012. [la paginación citada de esta obra no corresponde a la de su edición definitiva]
- Solier 1968: Y. Solier, “Une tombe de chef a l’oppidum de Pech Maho (Sigean, Aude)”, *RAN* 1, 1968, 7-37.
- Solin 1999: H. Solin, “Epigrafía repubblicana. Bilancio, novità, prospettive”, *Atti XI Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina (Roma 1997)*, Roma 1999, 382-396.
- Untermann 2000: J. Untermann, “L’inscription sur pierre d’Ensérune, conservée dans le Musée de Cruzy (Hérault)”, *Archéologie en Languedoc* 23, 2000, 107-110.
- Untermann 2002: J. Untermann, “Dos nuevos textos ibéricos del sur de Francia”, *PalHisp* 2, 2002, 355-361.
- Untermann y Villar 1993: J. Untermann y F. Villar (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. V CLCP*, Salamanca 1993.
- Velaza 2002: J. Velaza, “*Et Palaeohispanica scripta manent*: la epigrafía romana como modelo de las paleohispánicas”, en R. Comes e I. Rodà (eds.), *Scripta manent*, Barcelona 2002, 52-65.
- Velaza 2003: J. Velaza, “Epigrafía ibérica emporitana: bases para una reconsideración”, *PalHisp* 3, 2003, 179-192.
- Velaza 2004: J. Velaza, “Palinodia sobre la inscripción ibérica del teatro de Sagunto”, *PalHisp* 4, 2004, 215-216.
- Velaza 2004a: J. Velaza, “*Chronica epigraphica Iberica* VI (2003)”, *Palaeohispanica* 4, 2004, 325-332.
- Zucca 1996: R. Zucca, “Inscriptiones latinae liberae rei publicae Sardiniae et Corsicae”, *L’Africa Romana* XI, 1996, 1425-1489.

F. Beltrán Lloris
Universidad de Zaragoza
Grupo de Investigación Hiberus
correo-e: fbeltran@unizar.es

Fecha de recepción del artículo: 29/01/2012 Fecha de aceptación del artículo: 28/02/2012
